

CONSEJO CONSULTIVO DE CIENCIAS
PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

CRÓNICAS DE LA CIENCIA
2004-2005



El Sistema Nacional de Investigadores, una buena invención mexicana

JULIO SOTELO MORALES

La creatividad científica es el motor fundamental del progreso y de la solución de incontables problemas a los que se enfrenta una sociedad; esta actividad, sin duda la más efectiva para aplicar el talento natural que necesariamente se da en cualquier grupo humano constituye el más valioso activo para propiciar el bien común y la creación de conocimiento. Sin embargo, aunque es indiscutible el valor intrínseco de la investigación científica y tecnológica, su promoción, mantenimiento y necesaria expansión con frecuencia no son adecuadamente apreciados en países con escasa tradición científica. Este es el caso prácticamente en todo el mundo en desarrollo; la circunstancia es entendible, parecería lógico que una agenda gubernamental que tiene que contender con innumerables problemas ingentes que requieren solución inmediata, aunado a una siempre limitada cartera, se decida colocar los recursos en problemas urgentes más que en innovaciones que a futuro prometan un mundo mejor y soluciones duraderas. Sobre la falacia de este pensamiento, pragmático y poco erróneo, mucho se ha dicho y no es el objeto de este escrito.

El realizar investigación científica (incluida la tecnológica) requiere de importantes recursos financieros, pero más que esto requiere de dos elementos: tradición científica y la concurrencia de profesionales impecablemente entrenados y con una buena dosis de talento que permitan predecir, con razonable certeza, que una alta proporción de sus proyectos culminará en avances que sean plausibles y benéficos para la sociedad, proveedora de los fondos que permiten su trabajo. Los que nos

dedicamos a la investigación no podemos olvidar que debemos convencer a la sociedad y a sus representantes de que nuestra labor es altamente valiosa para ella.

La ciencia en el mundo en desarrollo no puede, simplemente por razones monetarias, copiar cabalmente los esquemas usados por países ricos para organizar y promover la ciencia. Mientras nos incorporamos al mundo desarrollado (casualmente la investigación científica es la mejor vía) debemos, ingeniosamente hacer mucho con poco dinero, eludir las dificultades que los escasos recursos financieros imponen sobre los esquemas dispendiosos y aún así hacer ciencia dentro de los estándares más rigurosos y elegantes delineados por el actual desarrollo incontenible de la ciencia. ¿Cómo cumplir este ideario dentro de una ciencia y tecnología internacionalmente competitiva? ¿Cómo pagar sueldos atractivos a los profesionistas que decidan dedicar sus esfuerzos a la investigación? ¿Cómo promover la competitividad esforzada entre colegas? ¿Cómo estimular y promover el éxito en la investigación como aliciente necesario para el progreso de las diversas disciplinas? Una muy acertada respuesta a estas preguntas, en un país en desarrollo, con múltiples carencias y con incontables demandas que inciden en un escaso presupuesto, fue la creación del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), que, contrario al desarrollo de la inmensa mayoría de agencias gubernamentales, fue concebido, reglamentado e implementado no por funcionarios y burócratas sino por los propios científicos. Sabiamente, el gobierno sólo se limitó a sustentarlo financieramente y a aceptar sin reticencias la organización y regulación propuestas por la comunidad académica. Más aún, en sus casi 20 años de existencia, el Conacyt, organismo rector del SNI, religiosamente ha respaldado y sustentado, sin intervenciones externas, las decisiones de los comités evaluadores, constituidos estrictamente por distinguidos miembros de la comunidad académica. El SNI es un buen ejemplo de una buena institución gubernamental que rinde espléndidos frutos y destina íntegramente los recursos otorgados a la promoción y estímulo del talento científico mexicano, sin las complejidades y enredos que contagian a la burocracia y que frecuentemente deforman y hacen ineficientes las buenas intenciones iniciales de incontables esfuerzos similares.

El SNI le ha dado credencial a los científicos mexicanos, ha constituido una fuente adicional, modesta, pero no insignificante, de recursos económicos a los muy limitados salarios de la comunidad académica y le ha permitido a la sociedad identificar y también llamar a cuentas a todos aquellos que se ostentan como investigadores y deciden embarcarse de tiempo completo en el maravilloso camino de la investigación científica.

Si bien es cierto que el SNI es perfectible, su mayor ventaja es que para regularse usa el sistema de "evaluación por pares", esta estrategia ha sido aceptada mundialmente sin reticencias como el método más aceptable para cuantificar y calificar la creatividad científica en todos los campos y en todas las latitudes. El SNI ha sido un ingenioso invento, hecho por científicos, tecnólogos y académicos mexicanos para salvaguardar y promover la todavía incipiente tradición científica mexicana. Yo tendría algunas críticas y sugerencias al Sistema, que desde luego es perfectible, y como todo en la ciencia, sujeto a validación y escrutinio; pero, con objeto de ser original en una época en donde criticar todo y ser escéptico de todo es la moda, no voy, por esta ocasión, a señalar crítica alguna. Contra la tentación natural y moderna de aprovechar este espacio para proponer mi propia visión, me limitaré a celebrar a una institución mexicana ingeniosa, conveniente, no muy costosa (sobre todo en comparación con monumentales y caras ineficiencias gubernamentales), de éxito indiscutible y creo yo de valor incalculable para el futuro del talento mexicano.

1 de octubre de 2004